

# UN CUENTO PARA ÁLVARO

Tatiana Muñoz Pardo<sup>1</sup>

tatiannabel@gmail.com

## (Los sueños que ellos sueñan no tienen pestañas)

El cuarto azul y algo despavorido es una muestra del carácter de quien lo habita, noche tras noche la escasa luz de una lámpara vieja lo ilumina, lo desfigura, lo transforma en innumerables cosas que sólo ella ve, que sólo ella percibe. A ella le gusta; el cuarto y la escasa luz y los cigarrillos que sale a comprar por ahí, en la madrugada, cuando el sueño no viene. Adentro todo es tan transparente, tan sincero, sin embargo, al fondo; en la repisa de madera vieja hay algo que ella no se atreve a abrir desde hace años, también hay jaulas por supuesto, pero no están vacías, no esta vez, adentro hay figuras de corazones enredados hechos con viejos utensilios de cocina: tenedores doblados en forma de corazón, cucharas en forma de corazón, cuchillos en forma de corazón. Las muñecas de trapo miran pero no ven; ella entra, va al cajón, busca, encuentra, enciende un cigarrillo de tabaco rubio que fuma con lentitud de Ciénaga. Le gusta fumar y peinar su cabello de oro por horas, por interminables horas en las que sólo piensa en él, en él y en sus cuentos, esos interminables cuentos que la subían alto, tan alto como vuelan las mariamulatas en noche de luna menguante y después (...) el vacío, el silencio, la caída.

J: Podemos ser felices de nuevo, otra vez.

A: ¿Es qué fuimos felices alguna vez?

J: Bueno, yo sólo lo pensaba, es un defecto que suelo tener; sin embargo, creo que lo fuimos: aquella vez en que me tomaste la mano y me enseñaste la página precisa, aquella vez en que te sacaste los ojos para no verme sufrir

más, aquella vez en que decidiste quedarte a dormir a mí lado, o debajo de mi almohada.

Amanece, es domingo ella busca, se recoge el cabello como si nada, no ha dormido aún. Le aburren los domingos porque siempre toma avena, a veces cree que son una pequeña dosis de muerte, un infierno portátil que se despliega a su antojo. Busca, mueve, remueve, fuma, encuentra. La cerbatana. Mira por la ventana y ve la distancia y las luces de la ciudad que ya se han apagado y recuerda que el último jugador vino la semana pasada. Ya no hay nadie. En su vida ya no hay nadie. La soledad de nuevo.

J: Podemos ser felices de nuevo, otra vez.

A: ¿Es qué fuimos felices alguna vez?

J: Bueno yo pensaba, es un defecto que suelo tener; sin embargo, creo que lo fuimos: aquella vez que me ayudaste a cortarle las patas a mi cama para poder estar más cerca de ti, fuimos felices cuando viajamos juntos a donde nacen los huracanes y nos despeinamos y oímos sus voces suavitas hablar de Norman Desmond y su cara de yo no fui, fuimos felices, algún día lo fuimos.

La cámara entra ahora por la derecha, un plano medio deja ver su cuarto y parte de su risa, la cámara descende ahora por sus ojos enlagunados, ella respira, aquí el ruido es lo importante, suena una música lejana y los corazones retorcidos laten en sus jaulas tutun-tutun-tutun, de un momento a otro la cámara se apaga, todo queda a oscuras. La vieja lámpara se ha encendido, ella mira por la ventana, como una lechuzita verde, perpleja.

- En el pueblo de su vida el amor ya no canta.

-Sí canta: lo que pasa es que él ya no tiene

<sup>1</sup> Tatiana Muñoz Pardo. Licenciada en español y literatura de la Universidad Industrial de Santander. Promotora de lectura y escritura. Profesional de Apoyo Biblioteca Pública de Arauca

oídos para oírla.

-La lechuza es negra.

- Sí, es negra igual que su historia.

-Sí canta: ella sabe que aquí o a donde vaya seguirá cantando.

J: Podemos ser felices de nuevo, otra vez.

A: ¿Es qué fuimos felices alguna vez?

J: Bueno yo pensaba, es un defecto que suelo tener; sin embargo, creo que lo fuimos: aquella vez que le dimos patadas a la casa de Fray Bartolomé y corrimos como dementes olvidados, cuando vimos la película que soñamos junto a los leones de melenas doradas, cuando me regalaste esa inmensa flor de hierro con cara de auto nuevo, cuando volamos juntos, cuando escribiste para mí todos esos cuentos.

Ella se levanta, va hacia el cajón, busca, encuentra, enciende un cigarrito de tabaco rubio que fuma con lentitud de ciénaga y saca una llave oxidada que levanta a contra luz. Las muñecas de trapo miran y sonríen. No ven. Ella escribe un largo cuento para él, luego se dirige hacia la repisa de madera vieja, introduce la llave, abre el cajón, saca el libro, lee. El pez de neón se apaga, un ruido de hojas que pasan se confunde con el del llanto, un disparo, la cámara también se apaga, todo es silencio ahora.

J: Podemos ser felices de nuevo, otra vez.

A: ¿Es qué fuimos felices alguna vez?

J: A decir verdad creo que no. Los sueños que alguna vez soñamos no tienen pestañas.